VISPERA DEL GOZO, TEMA SALINIANO

JEAN CROSS NEWMAN

Los títulos nos pueden revelar todo—o nada—del contenido íntimo de una obra literaria. La primera obra narrativa de Pedro Salinas, publicada en 1926, aunque no nos revela todo por su título, indudablemente nos ilumina un tema recurrente en su obra total: su insistencia en la plenitud de la víspera. Así podemos decir que el enfoque de *Víspera del gozo*,[1] serie de narraciones salinianas, queda subrayado en el título.

En la vida de todos, hay momentos cuando la expectación de un gozo futuro es lo que más vale, haciendo que a veces la llegada de lo deseado resulta pálida cuando se compara con la delicia sentida antes en la imaginación anhelante. Nos dicen, por ejemplo, que la impresión de plenitud del ser por nacer, gozando de aquel momento de armonía y bienestar, es tan fuerte que perdura en el fondo de su ser por toda la vida, y que, ya nacido, maduro, y dotado de todos los atributos acostumbrados de un ser hecho y derecho, todavía es capaz de sentir una vaga nostalgia de ese mundo microcósmico. Inconscientemente puede volver a desear aquel capullo protegido—aunque pleno de potencias—del momento penúltimo, en la antesala de su nacimiento inminente.

El lector de Salinas—sea de su poesía, de su prosa narrativa, o de su drama—no puede menos de notar que la calidad de la víspera en este mundo saliniano está frecuentemente destinada a superar el desenlace mismo, debido al dinamismo implícito que encierra. Vemos, también, un caudal notable de expectaciones sin cumplirse, lo cual tiene el efecto de aumentar la importancia del momento de la espera y de la esperanza. Aquí, dentro del momento penúltimo, palpita una plenitud vital que existe redonda en la víspera, pero que luego puede deshacerse en el mismo umbral de lo deseado. En tales casos este momento penúltimo goza de la única realidad posible.

He escogido aquí ilustraciones de entre tres géneros de los cultivados por Salinas—narración, drama y poesía. Empiezo con el primer poema-en-prosa de la colección de *Víspera del gozo*, narración que da la tónica de la serie. Se llama "Mundo cerrado." Un joven cuidadoso, de nombre de Andrés, viaja en tren hacia una cita con una amiga recién casada y su nuevo marido. Todo le parece exótico a Andrés: su nuevo nombre, Lady Gurney, y el lugar de su nueva residencia, la ciudad de Icosia. Es que este joven, a lo largo de los años, ha ido coleccionando lugares exóticos. Es decir, que lleva todo un cuaderno lleno de visitas, hechas y por hacer, a lugares del mundo que ha catalogado alfabéticamente, junto con los nombres de conocidos que residen en ellos. Salinas describe esta cuasi-manía:

> Conocer personas, saber que un amigo había mudado de residencia era para él una ampliación del mundo posible. Y su vida, semejante a un progreso hacia una cartografía geográfico-sentimental, completa y sin huecos, donde no hubiese tierras incógnitas, donde cada ciudad, por enorme y remota que fuese, tuviera su explicación y franquía en un nombre, en un ser humano, en el recuerdo de un amor o una amistad.[2]

Así, pues, Icosia, lugar del encuentro inminente con Lady Gurney, le iba a suplir una falta técnica en su colección, además de ofrecerle el gozo verdadero de verse otra vez con tan buena amiga como Alicia—ya Lady Gurney—la desposada. Así, para Andrés, el momento le brinda alegrías por lo que tendrá de una doble realización. Toda su ilusión se le suma dentro como un placer ya casi palpable. Minutos antes de llegar el tren, incluso se le ocurre pensar, sonriendo, que la ciudad de Icosia le va a ser un regalo de bodas al revés, que el matrimonio va a darle a él, al contrario del uso. Salinas elabora minuciosamente las sensaciones de esta víspera:

> Alicia y su esposo le habían ofrecido Icosia, ciudad menuda y frutal, antes altísima, pendida en una rama inaccesible, rama que ahora Lord y Lady Gurney sujetaban acercándole a tierra, de modo que su amigo pudiese coger sin esfuerzo el fruto madurado a fuerza de tantas primaveras con nostalgia. Ya le parecía a Andrés que sentía en la boca un sabor deliciosamente nuevo, el zumo de Icosia.[3]

Inevitablemente nos salta a la mente la imagen del rey Tántalo, símbolo del deseo de bienes inasequibles, condenado eternamente a padecer hambre y sed casi al alcance de los árboles frutales que le hubieran satisfecho ambas. (Es más. Este suplicio de Tántalo se nos presentará sin apenas disfraz a medida que avanza la obra de Salinas hacia su madurez.)

Andrés baja del tren, y queda en seguida algo decepcionado. No ve ni a Alicia ni a su marido. En cambio, alguien le entrega una carta, escrita con letra desconocida. Subido en un coche destinado a su uso, se pone a leer la carta. De súbito, las bellezas tan ansiadas de la ciudad de las acacias se le hacen invisibles, nuevamente inasequibles. La rama del gozo vuelve a sus alturas, porque la carta anuncia la muerte de Alicia, sólo dos días antes. Andrés, antes tan ilusionado, se halla ahora poseído de tristeza y desilusión; Icosia, antes símbolo de anhelos, viene a ser la fruta metafórica, que no cela más que amarguras. Salinas describe el asco que siente el joven:

> Icosia, al primer contacto con los labios, apenas mordida, le daba el sabor más amargo de todos, sabor a tierra mortal. Se la arrancó de la boca, la tiró por la ventanilla al valle verde, donde se quedó toda brillante, como una fruta pútrida y engañosa.[4]

El árbol de la vida se ha trocado en árbol de la muerte, y la víspera, tan feliz dentro de sus contornos protegidos, ha sido el último gozo. El preludio solo, con sus ilusiones efervescentes, ha ofrecido a Andrés el único bien a su al-

cance, haciendo nauseabundo en comparación, el momento del desenlace.

La misma imagen del fruto colgado, apetitoso y lleno de delicias imaginadas, aparece en otra narración de *Víspera del gozo*. Esta se llama "Aurora de verdad" y, aunque no acaba trágicamente, como en el caso de "Mundo cerrado," sí termina en una desilusión, en una caída emocional cuesta abajo desde las alturas de la esperanza. Se trata de otro joven, Jorge, y de otra amiga, la llamada, simbólicamente, Aurora.

Los dos se han despedido la noche anterior, citados para el día siguiente, en el Museo de Artes. El joven ha pasado toda la noche soñando con ella, con su Aurora con mayúscula, edénica y dormida a su lado en la imaginación del sueño. Irónicamente, a la mañana, despierta sin su Aurora. ¡Qué soledad la suya! Pero se consuela pensando en la cita inminente. La analogía del fruto en la rama asoma aquí como posibilidad segura y tranquila, ese "mañana... como una ciruela en su rama, colgado de los árboles del *square*, balanceándose sin prisa en el cielo."[5]

El joven, mientras se entretiene, pone en marcha un proceso muy saliniano, el de inventar a una mujer, maravilla por maravilla. A medida que Jorge ve pasar delante una serie de otras jóvenes que no eran Aurora, compone un retrato de ella, mariposeando de elemento en elemento —aquí su sombra, aquí su sombrero de paja, aquí su postura. Así, creador efectivo de su propia Aurora, él tambien se siente en vísperas de renacer, y junto con él, su mundo entero—exactamente como un día que empieza con su aurora. (Como en el caso de Andrés, una sonrisa le viene a los labios: ¿si ella, por alguna casualidad, ha llegado al Museo antes? Salinas nos guiña un poco el ojo—ante la posibilidad de una creación ordenada al revés—Eva que asoma antes que Adán.)

Pero no resulta así, y Jorge, efectivamente llega primero, y como en el caso del famoso jardín, se encuentra solo sin ella. No hay más remedio, pues, que refugiarse hacia los recintos de su ser, buscar a la Aurora inventada. El hallazgo allí de su imagen interior le devuelve la felicidad, este gozo de contornos controlados y medidos. Y otra vez queda plenamente encantado con la Aurora que ilumina el espíritu y la imaginación.

Al echar un vistazo por una ventana, cree verla—"idéntica a la inventada," sombrero pajizo, corpiño azul, todo. Pero en esto, se da cuenta de una presencia verdadera de mujer a su lado. Se vuelve, toda felicidad, y la vista abarca a Aurora, a la Aurora de verdad. Le sobrecoge un asombro enorme. La visión de la víspera se evapora en puro humo. Salinas comenta, "La creación fidelísima, de la mañana y el pensamiento, la figura inventada y esperada se venía abajo de un golpe."[6] En efecto, la Aurora de verdad resulta otra, pálida y gris en comparación con aquella Aurora inventada, "soñada exageradamente de noche y de día." La plenitud de estos momentos contenidos en el recinto circunscrito y hermético de la víspera, se ha hecho polvo. El deleite mayor ha sido el imaginado, el de antes.

De estas dos narraciones tempranas se puede ver claramente lo que Angel del Río ha llamado una actitud de desconfianza respecto a la consumación.[7] Salinas, insistiendo tanto en la fugacidad del gozo, nos presenta el caso de un idealismo tan puro que desemboca en el pesimismo.

Y hay casos más catastróficos que los de Andrés o de Jorge, casos que encierran la muerte misma del protagonista sin cumplirse. De entre los que mueren, vemos dos categorías de persona: un tipo es el idealista que no realiza su sueño, pero tipo que merece mejor destino; el otro peca por estúpido e insignificante. A éste Salinas le despacha hacia el otro mundo sin más ni más. Este tipo se parece a la figurilla del cine animado que se deshace en carreras locas y sin propósito, entre las risas del auditorio. Tales casos, que ni merecen ni reciben la bendición de Salinas, hasta parecen víctimas de su animosidad, quizás precisamente porque serán incapaces de sentir plenitudes. De tales, pues, no hablamos.

(*Puede ser que todo es más complejo de lo que parece a* primera vista, y que este tratamiento de parte de Salinas es en realidad una sublimación de un terror arraigado en su propia niñez. En 1935 escribe a su mujer Margarita, recordando los temores de otro día:

> Sé que me queda mucho aun por hacer, por ser, pero sí te diré una cosa muy confidencialmente. Uno de mis terrores de entonces lo veo ahora claro, era morirme *sin crisis*, comprendes, sin haber realizado algo de lo que me bulla dentro. De morir desconocido, como uno de esos seres que pasan por la vida sin dejar huella en nada ni en nadie...[8])

A veces los protagonistas de Salinas sufren, así parece, por haber querido ordenar el propio destino. Andrés y Jorge podrían servir de ejemplos. Otro, pero persona simpática con todo, es Lena, la americana, gran organizadora. Figura en el cuento "La gloria y la niebla," una de las narraciones reunidas bajo el título de una de ellas, *El desnudo impecable*.[9] Esta colección apareció en 1951, año de la muerte de Salinas, y unos veinticinco años después de *Víspera del gozo*. El tema de la víspera nos hace señas aquí también.

Lena, turista en Méjico, se enamora de Luis, joven poeta mejicano, y su amor, felizmente, es correspondido. Se dedica Lena en seguida a arreglar una vida para el joven deseoso de seguirla a los Estados Unidos. Dentro de poco consigue para su poeta un puesto académico en América. Parece que el destino está a las órdenes de Lena. Los dos piensan casarse en seguida de llegar Luis a los Estados Unidos, y los vemos en vísperas de su boda, pasando un día en San Francisco. Al anochecer están paseando en un parque cerca del mar. Ya probando su plenitud, en el umbral de unas posibilidades superlativas, están en la cima de su alegría. Pero Salinas nos anuncia con voz de coro griego, "Y allí les alcanzó. Cayó la niebla, espesísima, en cosa de momentos. Y lo cambiaba todo."[10] Felizmente ignorantes de su destino, los dos todavía se ríen como niños en este mundo de contornos misteriosos, en donde cada paso incipiente ha de serles invisible. Ignoran lo simbólico y fatal que les va a resultar este oscurecimiento de sus claras posibilidades. Al contrario, se creen en vísperas de una enorme alegría, de la que la presente es mero anuncio. Las circuns-

tancias, así creían, "les regalaban una maravillosa soledad, les sobrecogió un sentir de revelación y prodigio."

Revelación, prodigio, maravilla, perfección. La rama parece al alcance. Se entregan uno al otro en este mundo velado, cápsula de plenitud gratuita.

Luego avanzan por el mundo amorfo. De pronto asoma un bulto gris. Es una estatua cuya forma e identidad quedan anónimas bajo el sudario de la niebla. Mientras gastan sus últimas cerillas, logran descifrar en el pedestal un nombre —Edgar Allen Poe. "Otro poeta, allá en la cima invisible de su gloria," dice Salinas, reiterando el pensamiento de Lena, para quien esta visión a medias parece dar al toque positivo a las ambiciones que tiene para su novio.

Luis decide subir encima del pedestal a ver al poeta en tal cima de gloria. A tientas por la niebla va intentando palpar los contornos de la estatua. Pero—¡ay!—avanza demasiado y cae, mortalmente herido, a los pies de Lena. El moribundo apenas si tiene el tiempo de balbucear unas palabras finales, de desilusión. "No había nada. Nada. Sólo niebla... todo niebla. No hay gloria... Sólo tú que lo creíste." Así se ha despedazado en mil átomos inertes toda plenitud presente, igual que esperanza para el futuro. La víspera ha sido todo.

Irónicamente, al levantarse la bruma, poco después, se entiende mejor las palabras últimas de Luis—"No había nada. Nada." En efecto, la estatua del poeta Edgar Allen Poe jamás había ocupado el pedestal en cuestión. La demora en colocarla se atribuía a un exceso de "puritanismo" local, suscitado por lo que Salinas llama "los deplorables extravíos de la vida del artista." ¡Qué ironía! Una muerte de las más insensatas; la plena flor. tronchada.

Figura idealizada, pero merecedora de la dicha, es otro personaje femenino, heroína de un drama de Salinas, *La isla del tesoro*. La señorita se llama Marú. Idealista, imaginativa, Marú cree haber encontrado a su alma gemela entre las páginas de un libro de memorias. Ha descubierto el librito en un cajón de habitación de hotel, en una ciudad a la que ha acudido Marú, irónicamente, a arreglar la boda con otro. En este "tesoro" las ideas que Marú ve expresadas corresponden exactamente a sus propias ideas, "con una exactitud que le parece fatal, y por consiguiente, ideal." Sin ninguna duda, piensa Marú, la coincidencia de ideas con ideas ha de ser pura fabricación del destino que la encaminaba hacia su pareja espiritual. ¿Y el novio? Forastero en esta isla del tesoro, éste se marcha para siempre, adivinando las intenciones de Marú, que corre a poner un anuncio en el periódico, en busca de su pareja. Al día siguiente, locamente contenta, Marú espera la llamada de teléfono que le entregará una vida de felicidad única. En la imaginación ya siente dentro la anhelada delicia del encuentro con su doble. La fruta le brinda sus primores en la rama.

El telón cae mientras le contemplamos la cara extasiada, ya llena del gozo imaginado, ya en parte, suyo. Pero nosotros sabemos que será un placer terminal. Lo que no sabe Marú es que no habrá llamada a las once, según calcula, ni a las doce, ni jamás. La verdad es que el autor del cuaderno de ideas correspondientes acaba de suicidarse, lanzado desde la misma ventana por la que Marú admira la vista del agua abajo. Salinas no se cansa de ironías: el joven, nos dice, se ha suicidado precisamente por no ver manera posible de encontrar a su pareja espiritual, a su doble, a la mujer que él, a su vez, se ha imaginado. De este modo, ha de estrellarse, fatalmente, el plan que ha labrado Marú de un destino común, juntos, una boda entre dos seres únicos. En cambio, el azar los ha proporcionado una separación absoluta, eterna. El futuro radiante no ha pasado de los confines de la mente de Marú, y se eclipsará en breve espacio.[11]

El ejemplo más sucinto de este tema recurrente en la obra saliniana, a mi ver, se despliega en el poema "Cero," último de la colección aparecida en 1949 con título de *Todo más claro*.[12] Salinas imagina las consecuencias mortales de una bomba atómica aun antes de ser lanzado tal artefacto. Salinas ve la destrucción como un aniquilamiento global de las creaciones humanas, acumuladas, una por una, en siglos pasados. Pero ve también la destrucción del futuro, una manera de matar a la esperanza misma en su víspera. El poeta nos pinta a seres humanos, desempeñando su humanidad, caminando hacia algún primor futuro, en la frontera de algún gozo. Y allí—precisamente en la víspera, se harán añicos, toda promesa anulada, mero dibujo en el aire.

> Vuelan hacia el segundo beso; más que beso,
> claridad quieren.

Y concluye,

> Tan al borde del beso, no se besan.[13]

Tántalo, otra vez. La moza conoce ya el sabor de la fruta. Está deliciosamente envuelta en las primeras capas de la plenitud, camino de cumplirse:

> La boca anhela el más celado jugo;
> del anhelo no pasa. Se le niega
> cuando el labio presiente su dulzura...

El amante prototípico está para dar el último paso hacia la amante que aguarda:

> Tiembla Julieta de Romeos próximos,
> ya abre el alma a Calisto, Melibea.
> Pero el paso final no encuentra suelo.

Para resumir, pues, queda demostrado que el movimiento hacia el gozo muchas veces queda paralizado bruscamente en el umbral de su potencia. Desde las más tempranas narraciones hasta las obras más maduras de Salinas resplandecen momentos penúltimos destinados a encerrar la única y la última felicidad. El tema de la víspera del gozo, título ya en 1926, reverbera a través de las galerías salinianas. Para terminar, damos la palabra a Salinas. Es otro pasaje de "Cero":

> Cimeras alegrías, tremolantes,
> gozo inmediato, pasmo que se acerca:
> la frase más difícil, la penúltima,
> la que lleva, derecho, hasta el acierto,
> perfección vislumbrada, nunca nuestra.

Imágenes que inclinan su hermosura
sobre espejos que nunca las reflejan.

¡Qué cadáver ingrávido: un mañana
que muere al filo de su aurora cierta!

Vísperas son capullos. Sí, de dichas;
sí, de tiempo, futuros en capullos.
¡Tan hermosas, las vísperas!

¡Y muertas!

University of Western Ontario

[1] *Víspera del gozo* (Madrid: *Revista de Occidente*, 1926), incluido en *Narrativa completa* (Barcelona: Barral, 1976).

[2] *Narrativa*, p. 13.

[3] *Narrativa*, p. 16.

[4] *Narrativa*, p. 17

[5] *Narrativa*, p. 40.

[6] *Narrativa*, p. 44.

[7] "El poeta Pedro Salinas: vida y obra," en *Estudios sobre literatura contemporánea española* (Madrid: Gredos, 1966).

[8] Carta de Pedro Salinas a su mujer, Margarita, colección Houghton Library, Harvard University; la carta no lleva más fecha que el año.

[9] *El desnudo impecable y otras narraciones* (México: Tezontle, 1951); como en el caso de las narraciones antes referidas, cito siempre de *Narrativa*.

[10] *Narrativa*, p. 123.

[11] *Teatro completo* (Madrid: Aguilar, 1957).

[12] *Todo más claro y otros poemas* (Buenos Aires: Losada, 1949), incluido en *Poesías completas*, 2a. ed. (Madrid: Aguilar, 1975).

[13] "Cero"; cito de *Poesías completas*, pp. 767-82.